

Futbol inexistente, literatura inexistente

Alejandro Estivill

A menudo se piensa que la actividad física y la intelectual son antagónicas, que no existe para ellas un campo de interacción. En este ensayo, Alejandro Estivill, autor de Variaciones a un tema de Faulkner, Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 1999, y El hombre bajo la piel, se atreve a “jugar” con el futbol y con la literatura, y a demostrar que no son totalmente irreconciliables. Encuentra lo mucho de poesía que tiene el mundo del futbol y afirma que este deporte ayuda a suplantar una realidad más grave y seria.

Un comentarista radial de futbol brasileño, llamado Ary Barroso, que estaba narrando la final del Campeonato Mundial de 1950 para todo el país concluyó su relato inmediatamente después del segundo gol charrúa repitiendo: “...yo ya sabía, yo ya sabía, yo ya sabía, no relato más”. En ese momento decidió abandonar la cabina de transmisión y también su profesión. Se dedicó a la música; entre sus creaciones figura Aquarela de Brasil, un clásico.

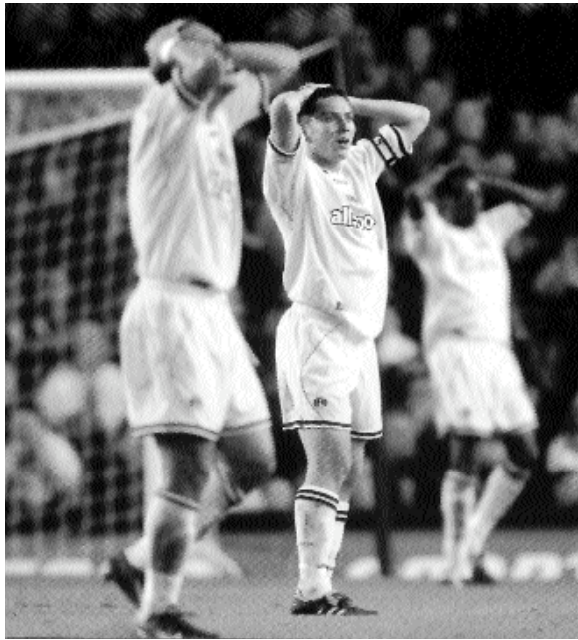
Sabiduría popular brasileña

Y queda en el pasto Moi Camacho con un agujero humante en el pecho que dice: “aquí disparó Cabiño”.

Ángel Fernández, máximo narrador del futbol mexicano.

I

En principio, la vinculación de la literatura y el futbol es paradójica e inasible. Pocos podrían afirmar que exista una tesis estable sobre este tema, ya que ambas actividades permanecen particularmente vivas. Por mera tradición, los profesionales de lo literario rehuyen la práctica, aunque muchos han sido fervorosos fanáticos de sus gestas. El mote mismo de “intelectual” lleva consigo la propensión a sufrir excoiaciones frente a la actividad física porque supuestamente interrumpe el tiempo dedicado al pensamiento. Muchos son los ejemplos de



poetas y narradores que han visto con desconfianza al deporte, pero también es largo el anecdotario de quienes lo han exaltado.

Albert Camus se ubica en la cúspide del cuadernillo de ejemplos por haber sentenciado las enseñanzas que obtuvo del fútbol: “todo lo que sé sobre la moral lo aprendí en una cancha”, decía. Para complementar su paradigma se cita a Aldous Huxley, Samuel Beckett y George Orwell, entre otros. Este último, por contraste, desconfiaba fuertemente de cualquier moralidad o decencia en el deporte.

En el mundo de habla inglesa, Ernest Hemingway es el escritor de lo deportivo. Su prosa siempre trabajó el tema con un rasgo sangriento, irrefrenable, que nos hace entender el sitio especial que asignó a los toros —quizás un deporte o quizás una de las bellas artes— como puerta para asomar a una época mítica, algo que los hombres “correctos” de nuestro siglo estamos olvidando.

El fútbol destaca como un hábito con fortaleza interna, capaz de provocar una férrea devoción, reflejo de todos los sentidos inexactos e incomprensibles de la vida, pero inevitablemente lúdico: en verdad, para pretender seriedad en el fútbol habría que haber nacido con otra nacionalidad y no la mexicana. Al afirmar esto recuerdo la mejor obra futbolera de nuestro país: *Gol*, de Vicente Leñero, un breve entremés donde la anotación va en paralelo con el burdo adulterio mexicano.

Cada semana, a pesar del dolor, las patadas, las trampas e injusticias, los árbitros, las derrotas y la ansiedad por hazañas soñadas e inalcanzables, el hábito del fútbol se reivindica. Lo hace sobre la base de un mundo de comentarios, a veces irracionales, burdos y repetitivos, pero también poéticos, creativos y geniales. La literatura se extiende genuinamente en el fútbol verbal de las anécdotas.

El béisbol, por mencionar otro juego, también tiene lo suyo, pero su verbalización está fija, sus motes son más académicos: sentencias legislativas que merecerían su incorporación a una suerte de *Torá* “después del gran *foul*, el gran ponche”, “*pitcher* que empieza ponchando pierde el partido” y “esto no se acaba hasta que se acaba”.

En el mundo del fútbol, por causa de un mal bote, en razón de un extraño que hace el balón o, más aún, de una idea genial que subraya la inacabable inventiva humana en los pies de un jugador, cualquier equipo, profesional o llanero, puede competir en heroicas batallas, convertir lo obvio en inusitado, realizar lo que el discurso futbolístico llama “la chica”, derrotar la predicción, humillar un rival al menos por un minuto o encender una tribuna y cambiar el rumbo lógico de la física deportiva. Eso distingue en mucho al balompié: es el juego de los grandes imponderables que siempre fueron subrayados por don Nacho Trelles o, al otro lado del espectro, lo que Allan Hutchinson destacó como ruptura con los juegos absolutistas que tienen formas únicas o “mejores” de practicarse:

Con movimientos inéditos (los artistas del balompié) practican este juego del fútbol y la misma vida jugando *con* este deporte, más que ubicándose dentro de él. En su momento más audaz, este estilo de juego exige casi un atrevimiento diabólico, no sólo la voluntad de arriesgarse a un fracaso espectacular, sino también el coraje para tomar este riesgo en la búsqueda de la máxima gloria (...) ellos superan los estándares existentes trasgrediéndolos y transformándolos.

En este sentido, si bien en el fútbol americano prevalece la sentencia de Lombardi: “ganar no es todo, es lo único”; para el *soccer* —un juego simple, muy simple—, ganar es poco y regocijarse jugándolo puede llegar a ser lo único. “Jugar *con* el deporte, moldearlo, amasarlo,

repensarlo y reinventarlo...". Por este puro hecho, la relación del fútbol con la literatura ya tendría justificación suficiente.

Quienes mayores oportunidades tienen para jugar con el fútbol, no son necesariamente quienes lo "practican", sino quienes lo "platican". Su discurso es, sin duda, el componente especial, herede de una lógica antigua y mítica que corresponde —¿por qué no?— a la épica. Lo que antes leíamos en las epopeyas lo leemos hoy, a medias, en los diarios deportivos:

Presentan batallas regulares, con claro espíritu agonial entre los hombres-guerreros.

Están bajo la égida de fuerzas externas: charcos milagrosos que impiden goles, aficionados que conjuran las canchas, travesaños que se oponen, cábalas, augurios y embrujos. El centro delantero es capaz de anotar lo imposible, pero falla —sólo Dios sabe por qué— los goles más fáciles.

Abundan los retos gloriosos, incluso doncellas hermosas y supuestos altos valores que sólo el gran guerrero-jugador puede presumir.

Proliferan y desaparecen héroes memorables al echarse a perder por entregarse a la ambición y a los deseos materiales y mundanos.

Surgen sobrenombres guerreros (El Potro, El Pescado, El Harapos, El Tubo, El Tiburón...) así como hazañas y fracasos del pasado que inundan la memoria.

Aparecen espacios míticos (Maracaná, El Volcán, Wembley).

Y también, ineludible, predomina un elevado factor narrativo (el fútbol de hoy y el de siempre se narra y se narrará: ¿existiría acaso sin sus bardos?).

Y aún así, hay pocos relatos literarios de fútbol. ¿Será que se esconden en los ríos de tinta de los periódicos de poca monta? ¿O será que reina aún una gran oralidad, la que se mantiene esperando a sus monjes benedictinos dispuestos a darles forma escrita?

Los que gustamos del fútbol sabemos, por adelantado, que este deporte ayuda a suplantar una realidad más grave y seria y, por lo general, nos gusta más el fútbol que la vida. Sabemos que no es una épica seria y aún así peleamos y nos enojamos y encaramos a los árbitros, a los que hierran, a los que hacen bajezas y a los que son desleales como si se nos fuera la vida en ello.

En otros países, al parecer, esta conducta ha llevado a tomar con más seriedad el sentido épico del fútbol hasta ofrecer toda su fuerza al servicio de empresas enormes como una renovación única y nacionalista. En últimas fechas, mucho se ha comentado sobre los contenidos de una película: *Das Wunder von Bern* la atrevida producción cinematográfica de Sönke Wortmann donde se cuenta la reconstrucción de un ideal germano, el reencuentro con su unidad y con la perdida sensación de un futuro glorioso, todo ello a través del fútbol de los años cincuenta, de la victoria mundialista en Suiza 1954.

Podemos también recordar el fenómeno literario que ocurrió en el Reino Unido con *Fever Pitch*, la novela de Nick Hornby, dedicada a la vinculación de los fanáticos del Arsenal con su equipo. De esa curiosa novela inglesa surgió una película y han aparecido por igual insistentes presiones para que Hornby escriba una secuela. Pero también cabe recordar que el propio autor ha destacado que al hablar con editores y agentes con el manuscrito en mano, siempre escuchaba que no había manera de vender una novela sobre fútbol.

En otras partes del mundo, la relación con el fútbol parece más dual y jocosa. El caso colombiano resalta por la película *Golpe de estadio* de Sergio Cabrera, donde la expectativa del fútbol, seguir un partido estelar de la selección colombiana obliga a soldados del ejército y la guerrilla, en lucha por días, a conciliar sus diferencias y acordar una tregua.



Pero en mi opinión, para hablar del caso mexicano resulta mejor recordar —¿por qué no?— una historia inexistente, patrón insoslayable de la vinculación épica, lúdica y oral que existe entre la literatura y el fútbol. Alguna vez se le ocurrió a José Agustín abrir la posibilidad de que las mejores novelas sean aquéllas que no se han escrito, las que se han soñado y se relatan con gran ilusión. Esta máxima podría tener notable impacto para el fútbol mexicano porque, en él, los relatos incompletos, los que se han perdido en bares y reuniones, en la radio y en los míticos cables de la televisión son materia muy útil para jugar *con* el fútbol.

Hace ya varios años, el entonces joven René Franco (en la actualidad convertido en un estridente periodista de espectáculos) concibió la pasajera idea de escribir una novela, que nunca intentó. Tal vez le fue imposible en razón de esta resistencia que tiene el fútbol a la escritura a fin de permanecer en el mundo de las posibilidades que abre la tradición oral.

En ella, un mago milagroso le prometía a un líder mexicano cumplirle un gran deseo. Tan magnánima posibilidad se abría, nadie sabe por qué, la tarde del catorce de junio de 1970, a la mitad del primer Mundial organizado por México. Se abría para un fervoroso fanático, quien no podía tolerar con calma cómo el equipo mexicano perdía el juego de cuartos de final que la historia le reservó ese día frente a la selección de Italia. Todo esto ocurrió, como recuerdan los aficionados mayores de cuarenta años, en el pequeño estadio de La Bombonera, en la ciudad de Toluca.

Recordemos por un momento a detalle la historia verídica sobre ese juego: Habiendo empatado a cero con la Unión Soviética, goleado a El Salvador por cuatro a cero y ganado con un penal uno a cero a Bélgica, México llegó a cuartos de final en segundo lugar de su grupo por puro “*goal average*”. La implicación de ese mediano puesto fue que México se vio obligado a abandonar el Estadio Azteca, su sagrado patio.

En Toluca, la selección mexicana perdió por cuatro goles a uno y fue eliminada. Mucho se le reclamó a Raúl Cárdenas no haber alineado a Enrique Borja hasta pasado el minuto treinta y cinco del segundo tiempo, cuando ya todo estaba escrito. Tal vez eso es lo único que recordamos del juego, pero en nuestro subconsciente colectivose enraizó algo más profundo y hasta peligroso.

México se fue arriba en el minuto uno con gol del Calaca González. La igualada italiana fue un remate que golpeó a Gustavo Peña y se anidó en propia meta: autogol. Luigi Riva puso adelante a los italianos y de inmediato vino una gran jugada de “El Gansito” Aarón Padilla que generó un tiro de esquina. El propio Peña sube a rematar, pero el gol es salvado por la cabeza de un defensa italiano con una increíble estirada. La fatalidad quedó claramente marcada, el resto del partido fue italiano. Sin embargo, la literatura inexistente pudo recoger con agudeza ese momento fatal en que los astros nos negaron el empate.

El bardo de México, el cronista de ese partido de fútbol, don Fernando Marcos, narró así los hechos:

Tiro de esquina, y allá va el capi Gustavo Peña buscando el remate; la situación se torna difícil para México. ¡Remate y salvaron! ¡Por qué tiene que pasarle esto a México siempre! ¡Por qué le tiene que pasar esto! El remate que era el empate y surge un señor y la saca. A nosotros nos han hecho un gol pegando la pelota en el pie de un compañero. Ése es el fútbol, pero ¡por qué siempre contra nosotros!

Don Fernando ya había cultivado esta veta pesimista en varios mundiales anteriores. La derrota de México ante España por uno a cero en Chile 1962 le ofreció el tono afligido. La forma en que suplicó con diminutivos de angustia y amor que Enrique Borja no fallara una gran oportunidad durante el mundial de Inglaterra 1966 se convirtió en un suceso ambiguo, como sonoro y memorable, de la narración mexicana.

Pero en el juego contra Italia coronó el estilo. Desde aquella oportunidad salvada por el defensa italiano, su cantaleta fue indetenible; larga, insidiosa y sobre todo penetrante para todo aquel que lo escuchó. Por varios minutos, describió sólida y reiteradamente la realidad de México como injusticia esencial: la comparación permanente que define a la nación como poseedora de los méritos, pero sin la suerte final que es privilegio exclusivo de otros; ellos sí se alzan con el derecho a la gloria mientras los mexicanos sólo pueden soñarla. Don Fernando era entonces la voz de la épica a la mexicana. Todo el país escuchaba su elegía, tal y como lo hubiera descrito Robert Graves en *La diosa blanca* describiendo cantores celtas

El fútbol destaca como un hábito con fortaleza interna, capaz de provocar una férrea devoción, reflejo de todos los sentidos inexactos e incomprensibles de la vida...

de montaña que ganaban y perdían batallas metiendo su energía en los corazones de los guerreros del valle.

En nuestra supuesta novela, la que René Franco nunca escribió, el protagonista logra con su magia que el defensa italiano no estire lo suficiente el cuello para sacar ese ingrato balón. El gol entra; la historia cambia. México, entonces, empata con aquella jugada y luego gana el partido. Pero eso no importa. Lo destacable es, que en la literatura inexistente, don Fernando narra de forma distinta, canta sentencias diferentes. ¿Qué tal un: “¡somos una gran nación! ¡Qué gran gol del Capi Peña, qué manera de luchar y de ganar...!”? Eso se oiría desde la pequeñez de La Bombonera de Toluca y desde la pequeñez de nuestro fútbol para elevarnos a las grandes glorias. “Somos un gran nación” sería el único “editorial”, “editorial ficticio en cuatro palabras” para que resultara muy propio de don Fernando.

“Somos una gran nación”, gritó el bardo en esa novela inexistente, y luego México ganó ese partido y entonces fuimos una nación desarrollada porque todos lo escucharon: no hubo políticos corruptos, sino políticos de gran nobleza, y no hubo década —y torna-década— perdidas, ni devaluaciones y no hubo partidos abusivos ni la necesidad de un “cambio” porque ese día se había cambiado. En su lugar sólo se vieron instituciones gloriosas surgidas del grito de nuestro bardo desde La Bombonera de Toluca. Eso es lo que contaría la novela que no se escribió.

Un solo grito de cantor con penetrante voz, en el momento justo y oportuno, como la que sabían echarse Homero y Virgilio y Camoens, Alonso de Ercilla, Gwion y Guillermo de Levy, el trovador... Un grito que puso a México en otra dimensión: las calles funcionaron, los hospitales curaron, las escuelas enseñaron, los gobernantes gobernaron, los campesinos sembraron y todos trabajaron. Nosotros ni nos imaginamos las historias tan bellas que conocen los lectores de la novela inexistente.

¿Acaso a México le hizo falta un gol o un defensa italiano menos ducho, para convertirse en una gran nación? No, quizá le hizo falta un bardo del fútbol que cantara distinto, tal y como lo propone nuestro novelista inexistente.

Debo concluir con una idea final. Don Fernando Marcos fue un gran narrador, todo esto no sería justo para él. No se lo merece. Que quede bien claro que tal historia nunca se escribió, que ahora la podemos desechar y dejarnos de injusticias contra quienes han vivido de cantar el fútbol y que nunca, ni lejanamente, serán causa de traumas nacionales o vía para su solución.

Sin embargo, la novela inexistente nos da pie para jugar de nueva cuenta con el fútbol y con la literatura. Hoy en día, muchos no recuerdan la voz rasposa de don Fernando. Tal vez muchos de los jóvenes de México no la escucharon nunca. Y esa podría ser la prueba científica,



ya que entre nuestras fronteras hay gente que ya no reconoce ese tono pausado y nasal que lo hizo un narrador inconfundible, sobre todo aquellos mexicanos que empezaron a tener entendimiento lingüístico, el que se desarrolla en la primera infancia, cuando ya no se incluía a don Fernando ni siquiera al final de los partidos que transmitía Televisión Azteca. En ellos ya no sería posible encontrar ni un rastro de aquella forma de marcar la esencia de un país injustamente condenado en su subconsciente, en la médula o en la leche materna.

Entre esos mexicanos libres del poema épico de la desdicha futbolera y nacional de México seguramente está una generación de chamacos que hoy no han cumplido los diecisiete años. Ellos nos salieron irreverentes; se atreven, y le meten cuatro a cero a Holanda y le ganan tres a cero a Brasil y hasta son campeones del mundo. Pero sobre todo, cuando iban perdiendo uno a cero con Costa Rica en cuartos de final, ya muy cerca de terminar el partido, no cumplieron lo que instruyen nuestras lecciones heráldicas del pasado aciago de nación condenada. Superaron lo que ficticiamente, dentro de la literatura inexistente, nos enseñó la voz del bardo del catorce de junio de 1970: “¿por qué a nosotros nos pasa esto si no era justo que ocurriera así? ¿Por qué nos pasa a nosotros?”. Ellos no escucharon, ni siquiera supieron que alguien lo hubiera dicho y, sin que ningún defensa interrumpiera su balón, anotaron el empate contra Costa Rica y de ahí en adelante avanzaron por la senda de la victoria... Y como dicen las grandes epopeyas: “ganaron enorme y merecida gloria”. **U**